

EPOCA UNIVERSITARIA Y RECUERDO DE FERMIN PALMA GARCIA

Por Miguel Guirao Gea

Granada

Cuando se escribe de un compañero muerto, se hace siempre con tristeza y con un cierto miedo. Somos de barro, todo lo ennoblecido que se quiera, pero barro al fin, y, al lamentar la desaparición del compañero parece que enviamos, con ello, un anticipo de la propia nuestra. No es faena grata, aunque obligada, muy obligada. Hay que decirles adiós y rezar por su alma. ¿Cómo no?

Si se ha atravesado casi la barrera de la vida, desconocida, pero cierta, se está esperando el pago de la deuda que firmamos al traernos a este mundo con un lenguaje sin sonoridad ni gorgismo, pero con la ineludible terminación de un contrato que hay que cumplir. No es ésta una expresión a lo Shakespeare, pero es una gran tragedia si la muerte fuera, realmente, el término de la vida.

Fermín Palma García y yo nos conocimos hace sesenta y seis años.

Se han cumplido al empezar el curso en la Universidad de Granada, hace unos días. Era entonces octubre de 1904. Veníamos, él de Guadix, y de Vélez-Rubio yo, para estudiar Medicina.

Para recoger mis recuerdos, aventados por los años y las décadas, quiero ofrecer el cuadro de nuestros tiempos de estudiantes. Lo creo conveniente.

Tuvimos que coincidir en que nos asustaba la vida de la gran ciudad. Se vestía entonces, chaqueta cruzada, pantalón abotinado, cuello doble, con corbata de lazo y bimba o sombrero hongo. Se usaban los chalecos de lana gruesa de colores suaves y no existía el reloj de pulsera, que, cuando apareció, tardó en imponerse, porque todos creíamos que se rompería pronto. Era raro calzar zapatos. Lo corriente eran las botas. Empezaban a llevarse los abrigos. Nosotros teníamos capas. El precio medio de la

pensión en casa de huéspedes, era de 10 reales, todo incluido, menos el lavado y planchado de ropa blanca, que importaba un duro mensual. Cada cual se dejaba crecer el bigote. Barba y melenas, no. El cine empezaba entonces en Granada, instalado en un barracón de madera y lonas en el solar que ahora ocupa en la Gran Vía, el Banco Hispano Americano. No se titulaba cinematógrafo, sino *lenticrono plasticserpentigraf*, término difícil de pronunciar, como se aprecia.

El espectáculo era anunciado, ruidosamente, por un órgano francés de la firma "Simonaire Frères", que atronaba la vecindad con la sinfonía de Campanones, "La Arlesiana", etc. La entrada valía un real.

Tuvimos un profesorado curioso de recordar:

Un químico, por antonomasia, que explicaba Química General. Era un señor alto, ya de edad, que andaba de prisa y explicaba de prisa también. Tenía una fama terrible. Decían los "decanos" —estudiantes que no estudiaban y querían aprobar echando al profesor la culpa de sus constantes suspensos— que don José Alonso Fernández —éstos eran su nombre y apellidos— suspendía a todos y por eso estaban allí ellos, uno y otro curso. Y que nos ocurriría a nosotros también. Ya veríamos.

Entraba en clase a las ocho en punto de la mañana y salía a las

nueve y media. No saludaba ni nosotros nos levantábamos de los asientos dispuestos en grada. Subía los escalones del estrado, pasaba por detrás del sillón de terciopelo rojo con la corona real sobre el respaldo, colocaba sobre la mesa una lista, la libreta y un lápiz y abría el cajón de la derecha con llave que sacaba del bolsillo del pantalón, echando atrás el faldón del chaqué y dejaba caer en el cajón algo pesado, produciendo un ruido metálico que se percibía desde las bancas, tal vez un llavero, que los "respetables decanos" sostenían era un revólver. Yo me lo creí. ¿Para qué otra cosa, sino para defenderse contra los alumnos, estaba aquella verja de hierro al borde del estrado? Era natural tener un arma por si se presentaba la ocasión de "entenderse" con algún obstinado. Lo más cómodo era un revólver, y mejor si era Pachón. Ahora se toman a bromas estas cosas. En aquellos tiempos no. Y empezaba a explicar Química hablando rápidamente en un lenguaje, para nosotros, desconocido. ¡Qué desaliento! No preguntaba en el curso, salvo alguna pregunta suelta, y en los últimos días de abril decía en una clase, frunciendo las cejas de suyo ya muy próximas: "Mañana empieza la tienta; el que no se sienta con fuerzas que no se presente. Ya lo saben". ¡La tienta! Figúrese el lector lo que pensaba del alumno. ¿Se hubiese atrevido en estos tiempos a expresarse así? En Física, también Ge-

neral, era catedrático —todavía no se nombraba profesor, ni hacía falta el término, que es sólo un extranjero, ni creo que nos haya traído ganancias el cambio de nombre— don Antonio Aparicio. Hombre bueno, ingenuo, ofrecía un trato más humano, preguntando y dialogando socráticamente, lo que resultaba más grato. Pero su ingenuidad lo colocaba en situaciones apuradas, como fue la siguiente: Explicaba acústica. Acababa de hacer su entrada en ella el gramófono, heredero del fonógrafo, y para explicarlo mejor, presentó un día un aparato nuevo: una caja de madera con una manivela, que colocó sobre la mesa del estrado. Sacó de un estuche de piel un disco y lo puso sobre la caja cuidadosamente. Dio cuerda con la manivela, desvió un freno y empezó a dar vueltas el disco. Anunció que había escogido una pieza especial, referente a una efeméride granadina: la toma de Granada. Se producían algunos ruidos, pero se oía una voz no enteramente clara.

Escuchamos todos atentos la ceremonia de la ciudad, que conmemoraba el 2 de enero de 1492. El concejal más joven del Ayuntamiento, tremolaba tres veces el Pendón de Castilla que llevaban las tropas cuando conquistaron la ciudad y gritó tres veces, porque éste es el ritual del privilegio, con voz potente: “¡Granada, Granada, Granada por los ínclitos Reyes Católicos. Don Fernando V el de Aragón y

Doña Isabel 1.^a de Castilla! ¡Viva España! ¡Viva el Rey! ¡Viva...!” Y se detuvo sin gritar: “¡Granada!”, porque un individuo del numeroso público que llenaba la plaza del Carmen, al oír nombrar al Rey, gritó, en vez de ¿qué?, algo así como ¡el bribón! o ¡el Borbón! Pareció más bien éste, pero de cualquier modo fue pronunciado en tono despectivo, propio de las masas de la época, que culminaron su obra años después con el atentado de Morras. No tenía el público que contestar a la expresión del concejal nombrando Granada, pero como corrientemente el edil no tenía soltura para hablar al público, al gritar ¡Granada!, se azaraba, deteniéndose un poco, momentos que el público aprovechaba para azararlo más, preguntándole ¿Qué?, pero el traspunte le dijo desde el salón de sesiones, en uno de cuyos balcones se desenvuelve la ceremonia: “Siga usted”. El concejal continuó y no debió ocurrir nada más, porque la prensa no se recordaba que hubiera dicho nada referente al suceso.

Al oír el dudoso grito, don Antonio alargó presuroso la mano y paró el gramófono, con lo que terminó la explicación. El respetable catedrático ignoraba el contenido de la grabación. No había presenciado la fiesta cívica. Mandó al bedel comprar un disco de tema granadino y éste lo compró. Don Antonio actuó inocentemente, profesoralmente, y el resultado fue el relatado. La clase terminó con protestas

de censura al grabador y de respeto al rey.

Entre nosotros, los alumnos amigos, Fermín Palma, Adelardo Mora, Enrique Moyano, Alberto Rivadeneyra y yo, el suceso produjo risa bastante tiempo, principalmente por el aturdimiento del honorable catedrático, tímido en cierto grado y temeroso de alguna censura académica

La Historia Natural con sus secciones de Minerología, Botánica y Zoología, la llevaba el catedrático don Pascual Nácher Vilar.

En Zoología publicó unos apuntes difíciles de aprender. Los caracteres de géneros y especies estaban redactados en forma reducida, sin el menor comentario. Los alumnos los bautizaron llamándoles "Los telegramas". No había quien pudiera aprenderse los.

En Geología ocurrió algo gracioso que he dudado traerlo a estos renglones, pero que hace referencia a mi médico, compañero de Fermín y mío, que ejerció en Jaén. Espero que se me perdone. Servirá de recuadro al sentimiento provocado por el fallecimiento de Fermín y de tributo al recuerdo del otro compañero muerto, también, muy querido por mí. Reservaré ahora su nombre.

Al final de la explicación de la cristalografía, que nos había hecho trabajar mucho, alguien dijo al catedrático que un alumno había inventado un sistema para compren-

der el espinoso tema. El rumor corrió en las secciones de prácticas insistentemente. Un día, en una clase, se levantó un alumno y dijo en alta voz: don Pascual, aquí hay uno que ha inventado una clasificación cristalográfica. Sorprendido el catedrático, llamó al afortunado estudiante, inventor ya, que resultó ser Francisco Bueno Martínez, y le dijo: "Póngase usted de pie y diga la nueva notación cristalográfica". Paco Bueno habló de los cubos, aristas, pirámides, ejes, planos, apuntamientos con tal gracia que el catedrático se reía como un niño y lo alentaba poniéndole objeciones, a las que Bueno contestaba gracioso y ágil, escabulléndose como una anguila. Allí acabó la notación cristalográfica. Desde entonces, Francisco Bueno fue llamado "El Doctor" y terminó su carrera con toga, muceta, birrete y vuelillos ocho años antes que yo me doctorara.

En la explicación de la notación cristalográfica, reímos todos: el catedrático, Paco Bueno mismo, al que servían de estímulo las risas de los demás, pienso yo que divirtiéndose. Fermín Palma lo hizo ampliamente, con una risa que pocas veces lo solía hacer, apostillando al flamante doctor con chispa y donosura. Entonces ingresó Bueno en el grupo nuestro de café, cine, paseo, etcétera.

Es obligado para mí, que lo recuerde con cariño sincero y noble, olvidando los resbalones que su ve-



Alumnos internos de la facultad de Medicina de Granada (1907).
1 Fermín Palma, 2 Miguel Guirao, 3 Adelardo Mora. Eran también del
mismo curso, Emiliano Rodríguez Marchena, Ernesto Hernández
Férre y Rafael Moyano Campos.

jez, la de su ingenuidad, aprovechó para hacerle sufrir. Muy enfermo ya, me visitó en Granada, en compañía de su nieto, rogando que nuestra entrevista, que él decía sería la última, se realizara en algún café que tuviera calefacción, porque sentía frío como en pleno invierno. Como estábamos en junio, hubimos de buscar mucho, y en uno de los pocos establecimientos que los bares no habían "barrido" todavía, mandé encender una estufa de butano y allí estuvimos juntos la última vez, contándome con dificultad episodios de su vida médica en Jaén, como dentista, con su inocencia como fondo de sus relatos y una discreta y graciosa picardía que tantos comentarios había despertado siempre. Así acabó mi amistad con el querido compañero, porque falleció al poco tiempo. Que el Señor lo haya perdonado.

Fermín Palma García, fue un alumno serio, silencioso, algo retraído, con una ironía fina y muy inteligente y un verdadero tratado de voluntad. Desde nuestros primeros contactos, surgió una amistad entre nosotros, que terminó con su muerte, a la que dedico estas palabras de condolencia sincera.

En Anatomía era un técnico consumado. Era compañero de mesa, en la Sala de Disección, de Adelarado Mora, Enrique Moyano y mío. Las disecciones de Palma eran, para el catedrático y para nosotros mismos, las mejores. Había en ellas,

destreza, rapidez, presentación, arte en fin, y esto es precisamente la técnica Anatómica, conjunto de Anatomía y Disección, no la Disección sola, que sólo indica cortar y cortar algo para descubrir su interior, sino maniobra artística para estudiar la Anatomía en el cadáver. Fermín fue un verdadero artista en la Sala de Disección. Pienso yo que allí nacieron sus aficiones quirúrgicas, tal vez al comprobar que era más diestro, más artista, en suma, que todos sus compañeros de mesa, tal vez alguno más anatómico. Este autoanálisis fue, a mi juicio, el "leit motiv" de su vida, que le hizo triunfar y consiguió legar a sus hijos, que llevan gallardamente, el caudal de su padre. *Rara avis.*

Su carrera fue magnífica, triunfante, silenciosa, llevada con una constancia envidiable. Fue alumno interno, por oposición, cobrando al principio 37,50 pesetas mensuales. Terminó su licenciatura con sobresaliente, logrando un premio llamado "Premio Fidel", que había instituido el catedrático de Patología Médica, don Fidel Fernández Osuna, fundación que duró unos cuantos cursos solamente. El primero fue obtenido, por oposición, por don Ramón Alvarez de Toledo y Valero. Fermín debió ser el tercero beneficiado, no pudiendo afirmarlo porque la fundación debió ser semi-oficial, no hecha a través del Ministerio de Instrucción Pública, que llevaba una engorrosa tramitación, y el ejercicio de Fermín debió re-

cogerlo don Fidel, sin devolverlo a la Facultad. El título era uno de Licenciado en Medicina y Cirugía.

Con la licenciatura vino nuestra dispersión, pues cada uno tendría que seguir su rumbo en el ejercicio de su carrera. Sin embargo, Fermín y yo, nos reunimos en octubre del 1911, año de nuestra licenciatura, como médicos alumnos de la Academia Médico-Militar, en Madrid. No estaban Mora y Moyano, aunque sí Hernández Ferre, accitano, y Rodríguez Marchena, granadino. Nuevamente trabajamos mucho en las mismas clases comunes, con programas iguales y prácticas adecuadas a la especialidad militar. Allí volvió a destacar Fermín como trabajador, inteligente, cumplidor, disciplinado, sobrio y capaz de ser militar en la medida que exigía la nueva profesión Médico-Militar.

Terminados los estudios, prematuramente, por necesidades de España en Marruecos, fuimos ascendidos a médicos segundos (tenientes médicos). Yo marché destinado a Tarragona y me separé de Fermín. De Tarragona fui a Tetuán y allí nos reunimos otra vez los dos amigos, en la Compañía Mixta de Sanidad Militar de Ceuta, mandada por el capitán médico don Francisco Gómez Arroyo, que operaba a las órdenes del general don Miguel Primo de Rivera. En aquel destino mandábamos tropas y no pudimos ejercer medicina.

Ascendidos a médicos primeros

(capitanes médicos), volví yo a África (Melilla, años 1912 a 1914) y a Larache (1916 a 1917), hasta que, en 1918, obtuve la Cátedra de Técnica Anatómica de Sevilla, pasando a la de Granada, en 1919.

Al final de nuestra guerra, estando yo de comandante médico, director del Hospital Marroquí, en Granada, vino destinado a esta plaza Fermín Palma, como médico de Sanidad, renovándose nuestros encuentros. El marchó a Jaén y yo quedé en Granada al terminar la contienda.

Durante este largo período de años, supe que él había fijado su residencia en Jaén, que trabajaba con envidiable acierto como cirujano y había realizado en la ciudad una campaña política, que destacó, en una medida tal, que la ciudad acabó rotulando con su nombre una calle, abonando así a Fermín parte de una factura que él no hubiera presentado a la ciudad.

Dios ha premiado su esfuerzo. Sus hijos llevan adelante la ejecutoria quirúrgica de su padre, en una excelente clínica que él fundó, refrendando con brillantez la labor de un hombre que lo hizo todo, siendo cumplidamente, un patrón envidiable de trabajo, honradez, disciplina, caridad, hombría, compañerismo, austeridad y ciencia. A un padre como él no queda más camino que continuarlo y mejorarlo, si es posible. A hijos como ellos les queda obligada la ciudad de Jaén,

con la seguridad de que los Palma Rodríguez seguirán cultivando con medios modernos, el campo que su padre roturó. Les será más fácil recoger los frutos. Espero que no se olviden ellos del comportamiento con el que la urbe premió a su laborioso padre. Escribe un autor judío, Salem Asch, que el proceso de olvidar es más difícil que el de aprender, desarrollando esta idea en la teoría de la transmigración o metempsicosis que él explica extensamente.

Me ha parecido oportuno expresar que los hijos del amigo, me han recordado al padre. Tienen rasgos muy parecidos a los suyos cuando era joven. Espero que tengan, también, un "corazón" como el suyo. Existe en el hombre otro

corazón que no es el órgano principal del pecho, el emperador del mediastino. No; es otro que padece lesiones espirituales comparables a las orgánicas del primero: estrecheces (la mezquindad, la tacañería); dilataciones (la prodigalidad, la farronería); afecciones congénitas (el odio, el rencor, la avaricia); tumores, en fin (los celos, la envidia). Este espero que sea el corazón de los hijos médicos de Fermín Palma. Escribió Schiller que no son la carne y la sangre, sino el corazón, quien nos hace padres e hijos.

En cuanto a ti, amigo desaparecido... descansa en paz. *Sit tibi terran levis. Sic transit gloria mundi.*

¿Nos volveremos a encontrar?

Granada, octubre, 1970.